

EDITADO POR
PRENSA ESPAÑOLA,
SOCIEDAD ANONIMA
M A D R I D

ABC

REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES:
SERRANO, 61-MADRID

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

MARAÑÓN

LA vida de Gregorio Marañón—río claro, curso sesgo—corrió al hilo del viento riguroso de la historia de España en los amenes (diría Valle-Inclán) del siglo pasado y en más de la mitad turbulenta del siglo que discurre. Estos días de azul bonanza madrileña, desgajado yo de la turbiedad política del centro de Europa, saboreando despaciosamente el libro de Marino Gómez-Santos «Vida de Gregorio Marañón», he visto incorporarse en cada una de sus páginas la silueta próspera e inolvidable, un poco ladeado el esguince, y como huidiza y haleda siempre por sus múltiples tareas, de aquel gran español, con sus ojos tristes y transidos y generosa sonrisa, quebrada la voz lenta y titubeante, que, a las veces, prorumpía a borbollones en arrebatos pasionales—apasionado ocasional y subitáneo, como los tímidos—; con aquella tolerancia ingénita, amorosamente cultivada, y su insólita ecuanimidad y justeza de criterio, y aquel don hermético de extraer, sin pretenderlo, las más íntimas confidencias del amigo o del enfermo, don de médico, don de psicólogo, don de escritor que también poseía su amigo Pérez de Ayala. Le vuelvo a ver en las páginas de Gómez Santos tan bondadoso, sabio, desprendido y melancólico, y tan emancipado de pequeñas ambiciones y ostentaciones, y tan obsequioso; le veo tan puramente humano y deshumanizado que la emoción me atenaza como en aquel anochecer de un domingo de marzo de 1960 en que, viniendo yo del campo, Castellana arriba, una muchedumbre desusada, que se había reunido espontáneamente en la plaza del Marqués del Duero, me trajo el sobresalto: «Es que Marañón se ha ido para siempre.» Se había ido para siempre el médico, el historiador, el prolista cristalino—río claro, curso sesgo—, el confidente, el consuelo de millares de españoles que fiaban en su juicio y discreción y aprendían y fluían en sus libros.

El de Marino Gómez Santos es una biografía cumplida que fluye al hilván de los sucesos políticos, literarios y aun tauromáquicos de casi todo un siglo de historia viva de España, con un rico anecdotario de contrapunto. Marañón y todas sus circunstancias. España y todas sus jácara y vicisitudes. Un Madrid fino y transparente que arrastraba de antiguo las hilachas de la picardía y la estrechez, algo sórdido, Madrid barojiano, «uno de los pocos pueblos románticos de Europa, un pueblo en donde un hombre, sólo por ser gracioso, podía vivir», escribió don Pío. Rateros, toreros, matuteros, daifas y coímes esperpénticos de Valle-Inclán. Madrid de la Regencia. Gregorio Marañón conoce en el hogar de sus padres a Menéndez y Pelayo y a Galdós, se aficiona a los toros—tiempos de «Lagartijo» y «Guerrita», se inicia en la lectura febril de los clásicos griegos y latinos y en el periodismo. De Galdós y de su residencia santanderina «San Quintín» guardará toda su vida recuerdo y veneración. Galdós es su primer maestro en las letras. «Era—dijo—sencillo en su vida, como en su prosa, con la naturalidad con que el agua clara mana de los veneros.» Y así había de ser luego la vida y la prosa de Marañón.

Se ha valido Gómez-Santos de profusa

e inédita documentación, especialmente cartas que esclarecen e ilustran con el foco de la pequeña historia la procesión de sucesos políticos y pintorescos. Marañón, como testigo sagaz o como actor voluble—y nunca banderizo—, vivió en el vórtice mismo de los hechos que se cuentan. No hubo hombre político, ni artista notable, ni escritor del 98 y de las dos subsiguientes y fecundas generaciones literarias; no hubo, en España y fuera de España, personaje científico a quien Marañón no tratase y que las virtudes intelectuales de Marañón no ponderase (las más conspicuas, el silencio—asillo de la discreción—, la receptividad, el estudio constante, la creación facultativa y literaria); no hubo gran hombre de su tiempo que no cayese prendado de su humanidad, ciencia y plástica sensibilidad. Se ha servido también Gómez Santos de sus propias y largas conversaciones con Marañón, en Madrid y en su cigarral de Toledo—de todo el mundo conocido—, y de innumerables testimonios orales, uno de ellos Juan Ignacio Luca de Tena, que, como su padre, mantuvo en los buenos y en los malos trances, adversarios políticos o concomitantes, amistad indisoluble. Otros testimonios directos proceden de los amigos mejores de la familia, Miguel Pérez Ferrero por ejemplo. No hay en «Vida de Gregorio Marañón» rasgo personal o evento nacional que no queden fijados para siempre en un marco de oro. Porque, además, el libro está escrito con admirable levedad, sencillez y elegancia de dicción. Marañón es el médico y el amigo del estupendo Julio Antonio, prematuramente vencido por la enfermedad, el trabajo y los amores. Cuando Juan Belmonte viene a Madrid de novillero—pie de miliar en la historia del toreo—y es seriamente herido, Marañón, que no lo trataba aún, acude sigilosamente a la enfermería de la plaza. Preso Marañón cuando la dictadura de Primo de Rivera, es, entre los intelectuales, el que con mayor vehemencia y denuedo, empleando la pluma y la voz, vitupera el exilio de Unamuno, con quien mantiene asidua correspondencia. Coadyuva al advenimiento de la República, pero recusa honores y canchales. Su renombre alcanzaba entonces el punto cenital. Hubiera podido serlo todo, presidente inclusive; se recluyó a rumiar en silencio el desencanto.

A Marañón médico corresponde, juntamente con Teófilo Hernando y otros, la

gloria de haber elevado la Medicina española a un nivel internacional. Fue el iniciador de la escuela endocrinológica, el

introducción en España del Neosalvarsán, testigo personal de los primeros trasplantes de Voronoff, descubridor de los orígenes y terapéutica del bocio endémico de las Hurdes, adonde fue con el Rey Alfonso XIII, en viaje memorable que relata minuciosamente Marino Gómez-Santos. Inició en España los estudios—hoy tan difundidos en el mundo entero—de los temas sexuales. (En Cuba, en 1927, su conferencia sobre esta rama de la Medicina moderna, íntimamente vinculada con la psiquiatría, tuvo resonancia mundial.) Hoy el nombre de Marañón sale en todas las bibliografías de la copiosa literatura, sea científica, sea divulgadora, de esos temas. Simone de Beauvoir y Sartre libaron en los libros de nuestro compatriota. La teoría donjuanista—Don Juan andrógino—de Marañón, coincidente con la de Pérez de Ayala, se razona todavía y controvierte en aulas, libros y periódicos extranjeros.

La obra de Marañón es ingente y está vertida a todos los idiomas cultos: ya sean los ensayos literarios, políticos e históricos, ya sean los libros puramente científicos. Los años en que tuvo que vivir en París aportó su sabiduría a las clínicas y hospitales de aquella gran ciudad, horno de la cultura, y fue de continuo solicitado por sus colegas franceses.

Todos los que hemos vivido algún tiempo en las naciones de la América del Centro y del Sur, sabemos que, a la par de Ortega y Gasset y Miguel de Unamuno, el nombre del doctor Marañón sigue siendo hoy, como hace quince años, reputado como una de las cimas literarias y científicas de nuestro tiempo.

No se pretende aquí hacer una recensión de su obra ni una semblanza de su vida ejemplar. Todos sabemos que Gregorio Marañón fue un gran escritor, y que como clínico—perpetuo estudiante y estudioso—, cuenta entre los precursores de la Medicina moderna. Y que irradiaba bondad y ciencia, veladas por la modestia y sencillez de su carácter. Manuel Azaña ha estudiado sutilmente el tema de la pedantería española, desparramada en todas las esferas y estatutos sociales. Marañón era, por excelencia, el antipedante, y sabía sufrir pacientemente, en torno suyo, la pedantería ajena. Aborrecía la petulancia y el narcisismo, pero, así como estaba de oficio avezado a curar deformidades físicas, así se había acostumbrado a soportar las deformidades morales, y en vez de criticar meditaba en ellas y las toleraba con resignación de clínico. No se trata aquí de hacer la apología de Marañón. Plumas tan doctas y bien cortadas como la de Laín Entralgo, Rof Carballo y Pedro de Lorenzo, llevan años consagradas a este noble menester. Se trata, sencillamente, de reseñar los merecimientos de un libro peregrino y excepcional en el género biográfico. «Vida de Gregorio Marañón», de Marino Gómez-Santos, es la biografía más circunstanciada y completa que, relacionándola con la vida de Madrid y de España en lo que va de siglo XX, se ha escrito hasta la fecha del inolvidable médico y literato.

Luis CALVO



Contra el sopor
de la digestión...

"SAL DE FRUTA"
ENO
REGULA · REFRESCA · DEPURA

Consulte a su Médico